

Separación y reencuentro



Había terminado de limpiar la casa, sólo le quedaba recoger la basura y el trabajo habría terminado. Para una mujer como Marianela el trabajo de la casa era una rutina; Luis, su esposo, salía a trabajar apenas despuntaba el alba

regresando ya al anochecer, pero ese día sería diferente. Sentada frente al escritorio de su marido escuchó el incesante repiqueteo del teléfono, se incorporó y al contestar ante la inesperada noticia quedó pálida, casi transparente como un fantasma; su amado Luis había muerto víctima de un infarto fulminante, ella no lo podía creer, hacía apenas unas horas rebosaba de una envidiable salud, lo que más le dolía era no haberse podido despedir de él. El entierro fue para ella como una pesadilla, una burla del destino.

Noche tras noche lloraba, llamando a gritos a su amado; la desdichada mujer no se resignaba a su pérdida. Hasta que una lúgubre noche escuchó un ruido extraño, buscó con la mirada de dónde provenía, se asomó a la ventana, pero tampoco vio nada, de pronto se escuchó una respiración agitada y estruendosa en medio del silencio, entre las penumbras pudo observar algo de gran tamaño con ojos grandes y desorbitados.

La atmosfera de la sala parecía cargada de electricidad, Marianela sentía como si un millón de hormigas caminaran por su piel y los vellos de sus brazos vibraban levemente, llenándola de una extraña y a la vez excitante sensación; sensación que solo sentía cuando Luis la acariciaba antes de llevarla al éxtasis máximo.

No sabiendo si soñaba o no, ante si vio que la extraña aparición comenzaba a tomar una forma más definida y familiar; una figura que tantas veces había abrazado, acariciado y deseado.

Frente a ella Luis estaba de pie en medio de la noche, tan lleno de vida como antes de esa llamada telefónica.

En un arrebato, se dejó llevar por el deseo, pero al acariciar esa piel que tanto añoraba sintió cómo empezaba a desprenderse al mismo tiempo que un olor putrefacto inundaba la habitación. Sí, era Luis, pero la visitaba desde el mundo de los muertos. Atónita y aterrorizada dio un paso atrás tratando de apartarse de él, pero no podía; con una fuerza sobrehumana la sujetaba hasta hacerle daño.

Aunque trató de contenerse, un ardor intenso se apoderó de su cuerpo, el cual se agitaba más y más, a pesar de la macabra y anormal situación. El terror y el asco dieron paso a un desesperado deseo.

Cediendo a él se dejó llevar por el arrebato que su cuerpo le exigía; acarició a ese ente, ya no le importaba que no fuera Luis, sólo se dejó llevar por ese momento macabro pero mágico hasta llegar al éxtasis; a la mañana siguiente Marianela despertó agotada. Acudieron a su memoria los momentos vividos esa tormentosa noche preguntándose si era verdad lo sucedido o sólo un sueño, que su imaginación le había jugado por llamar noche tras noche a su querido Luis. Ahora sentía un temor infinito cada que la noche se acercaba, pero también un deseo inmenso que no podía reprimir.

El teléfono sonó insistentemente en la sala. Sin mucha prisa, Marianela bajó a contestar.

—Hola, Sandra —saludó a su amiga.

—Hola, amiga. Te llamaba para saber si puedo ir a hacerte compañía esta noche —quiso saber la mujer al otro lado de la línea—; creo que te vendría bien un poco de compañía.

—La verdad es que te lo agradezco mucho, pero me voy a dormir temprano hoy —se disculpó Marianela.

—Bueno, cualquier cosa que necesites me llamas —se despidió Sandra.

Mientras tomaba una reconfortante ducha tibia, la palabra de su amiga daba vueltas sin cesar en su cabeza; compañía.

El día pasó lentamente, y a medida que se acercaba la tarde, Marianela se sentía cada vez más inquieta. Cuando la noche llegó y avanzaban las horas, esa inquietud se convirtió en deseo.

Espero y espero con impaciencia; los minutos se sucedían hasta convertirse en horas, más impaciente que nunca creyó volverse loca pues su amado no aparecía y por más que lo llamó no se presentó. Arañando sus manos y mejillas, cayó sobre la gruesa alfombra hecha un ovillo en medio de la sangre que brotaba de su lastimado cuerpo; tanta era su obsesión por sentirlo una vez más sobre su piel. Transcurrió la noche y dio paso al día y ella permanecía tirada sobre la mullida alfombra con los ojos fijos hacía la nada. Su amiga preocupada por la actitud mostrada en esos últimos días acudió a su casa, ingeniándose para entrar, pues a pesar de insistir con el timbre Marianela no le abrió. Subió rápidamente las escaleras, al entrar a la recámara de su amiga se encontró con esa escena macabra, hecha un ovillo y ensangrentada se encontraba su amiga.

— ¿Pero qué ocurrió, amiga? —preguntó sorprendida Sandra al ver a Marianela lastimada.

—Tuve una pesadilla y creo que me rasguñé —mintió Marianela.

—Déjame ayudarte a limpiar eso, no se vaya a infectar —ofreció Sandra.

Toda la mañana y la tarde Sandra estuvo haciendo compañía a su amiga, pensando seriamente en si debía llevarla unos días a su casa.

—Ya me siento mucho mejor —explicó Marianela al ver como sus heridas comenzaron a cicatrizar.

— ¿Estás segura? —quiso saber Sandra.

—Si, por supuesto—aseguró Marianela, prácticamente sacándola a empujones.

Cuando ya se encontraba sola, corrió a verse en el espejo del baño, observando con asombro como desaparecía cada una de sus heridas, no quedando rastros de ellas.

El reloj dio la medianoche cuando una respiración agitada y excitada se comenzó a oír en la oscura sala. La respiración de Marianela se aceleró y sincronizó con la del ser que se encontraba en medio de la sala, y que se parecía casi en todo a su Luis, excepto en su incansable vigor.

Sin embargo, y a pesar del deseo que se extendía por cada fibra de su ser, trató de conservar la cordura. No era posible que alguien a quien tanto amaba ahora le produjera un deseo insano, le preguntó si en realidad era él, a quién tanto amaba y que había muerto tan inesperadamente.

Aquél ser sólo contestó con una macabra carcajada que resonó en toda la casa alejándose, dejando a Marianela insatisfecha con ese enorme deseo que casi le hacía daño, lamentando haberlo interrogado. El deseo era más fuerte que la razón.

No podía dejarlo ir, lo necesitaba más que al aire que respiraba, lo siguió por el oscuro bosque cercano a su casa; nada le importaba más que estar con él, tal era su dependencia. Sin embargo, por más que lo buscó no logró encontrarlo; se había esfumado como lo que era, un demonio. Decepcionada regresó a su casa, intentaría dormir aun cuando sabía que sería imposible.

Definitivamente le resultaba imposible conciliar el sueño y se volvió a levantar. Se vistió con los pantalones y la camiseta más ajustada que tenía, realzando su femenina anatomía. Caminó unas cuantas calles sin rumbo fijo, hasta que las luces de una discoteca atrajeron su atención. Con los ojos brillantes y el pulso acelerado por el fuego que ardía sin control en su interior, se metió entre la multitud que bailaba y reía al ritmo de la música.

Se acercó a la barra del bar y pidió una cerveza. Con la mirada buscó a alguien de su agrado, pero para su decepción, no había nadie que llenara sus nuevos estándares de exigencia.

No pasó mucho tiempo antes de que varias miradas se fijaran en ella, y más de alguno se le acercara, atraído de manera irresistible por el aroma que manaba de su piel, mezcla de hormonas femeninas casi en ebullición y un leve sudor.

Ignorando a todos continuó disfrutando de la fría cerveza. Alguien se sentó junto a ella sin decir nada; solamente puso un vaso de tequila junto al suyo y lo acercó sin decir ni una palabra.

Marianela se volvió y lo miró detenidamente de arriba abajo; alto, cabello corto, piel bronceada, fornido y con la mirada segura de sí mismo; definitivamente un espécimen aceptable, pensó ella.

Marianela vació el tequila en su cerveza y la bebió de un trago.

Poniéndose de pie, lo invitó con la mirada a seguirla.

Apoiada en la pared del callejón, Marianela esperó que el desconocido la alcanzara; su respiración agitada hacía subir y bajar sugerentemente su pecho. El hombre la tomó por la cintura y la atrajo hacia su fibroso cuerpo. Desesperada, Marianela lo besaba y se restregaba en él. La pasión se apoderó de ambos y los consumía; hasta que un movimiento brusco de su compañero ocasional le resultó molesto. Empujándolo lo alejó, pero él no estaba dispuesto a darse por vencido ni a dejarla ir. Con violencia el hombre la empujó contra la pared. Con la respiración acelerada y los ojos brillantes, pero esta vez de furia, Marianela, de uno de los bolsillos del pantalón, sacó una afilada cortapluma, que descargó en la garganta del hombre. Con satisfacción se quedó a mirar cómo, en el suelo el tipo dejaba de moverse en medio de un charco de sangre.

La influencia negativa de ese ente había entrado totalmente en su ser, ya no le importaba matar, es más le resultaba excitante; sabía que no podía parar eso la asustó por un momento, para su sorpresa se sobrepuso y vio cuanta satisfacción le producía ver la sangre manar irrefrenablemente de un cuerpo, ya no era la misma; necesitaba cada vez más ya no la satisfacía sólo el sexo, ahora era una nueva persona, una persona cruel, perversa; ya no solo la satisfacía el sexo ahora estaba sedienta de sangre, le producía un placer infinito. Pronto empezó a amanecer, tenía que regresar, en ninguna circunstancia quería ser relacionada con ese asesinato.

Una vez en casa tomó una larga y placentera ducha caliente, para luego meterse a su cama, con una dulce sonrisa en sus labios. Se despertó cuando el sol se coló en su habitación y se posó sobre su rostro. Se levantó vigorosa y tranquila, como si lo acaecido la noche anterior fuese algo normal y sin ninguna importancia.

Noche tras noche se repetía ese deseo irrefrenable, pero él, su excelso amante no aparecía. Estando en el momento proclive a la excitación lo único que frenaba ese impulso era la sangre, por lo que también noche tras noche salía en busca de víctimas que calmaran esa sed y deseo infernal que la envolvía. No hallaba explicación alguna a tan singular obsesión, parecía que ese ente maligno le había inyectado algo peculiar que le hacía tener ese comportamiento tan inexplicable pero tan placentero y gratificante. Su sed de sangre no paraba, siempre buscando víctimas jóvenes y apuestos, pues sabía que era hermosa e irresistible ante los ojos de ellos.

Extraños sueños culminaban las oscuras noches de lujuria y sangre de Marianela. Sueños llenos de antiguas escenas de luz y fuego, de la tierra y el mar pasando raudos bajo grandes alas negras, que cortaban el viento y despedían destellos de fuego.

Mientras su amado no regresara era presa de esas extrañas pesadillas. Pesadillas que la alejaban cada vez más de la realidad, dando paso a esa nueva, desconocida para ella pero tan beneplácita, la cual le producía un enorme placer. Por más que lo intentaba ya no podía dar marcha atrás, quería a su amado Luis. ¿Luis de verdad era él? ¿Por qué entonces le hacía tanto daño dejándola sola

durante tanto tiempo? Lo esperaba ansiosa; su ser reclamaba su presencia, quería sentir nuevamente su vigor, esa piel que tanto placer le daba para ella ya era una adicción.

En una de las noches de larga espera, un destello en su memoria cobró forma y se abrió paso hasta la superficie de su mente. Un recuerdo que había guardado en un juego inocente hace tiempo.

La noche estaba desagradablemente calurosa, tanto que Marianela se puso un delgado y corto camisón para dormir. Las horas corrían lentas, como tratando de que el amanecer no llegara. Un suave cosquilleo en la piel la despertó; la atmósfera se sentía cargada de electricidad y pequeños destellos de luz se movían por todos lados.

Marianela se paró desafiante en medio de la sala dispuesta a obtener lo que deseaba y varias respuestas.

—Muéstrate de una vez y no uses el rostro de mi difunto esposo, que no soy ninguna tonta —exigió enseñando una extraña seguridad que no tenía claro de dónde venía, pero que le agradaba.

La chispas y destellos de electricidad se concentraron en un punto que creció hasta adquirir la apariencia de Luis.

—Te dije que quería ver tu verdadero rostro —gritó furiosa Marianela.

—Cómo deseas —accedió el ser, adquiriendo la apariencia de un varonil y recio hombre.

—Mucho mejor —aprobo Marianela, acercándose seductoramente para tocarlo.

—Pobre y patética mujer mortal —se burló el ente, en medio de una estridente carcajada que hizo temblar la casa entera, mientras apresaba con una mano el brazo de Marianela.

De un fuerte tirón ella logró zafarse y miró con desagrado la marca de dedos en su piel.

Su respiración estaba violentamente agitada, pero esta vez no de deseo, sino que de una furia incontenible.

— ¿Cómo te atreves, miserable —gritó con los ojos cargados de ira? —Soy Astarthea, el Ángel del Infierno; esposa del Gran Duque Astaroth, uno de los tres grandes del Triunvirato Infernal. A mí nadie me insulta.

En medio de la sala, en una noche que se hizo más oscura, lucía dos imponentes alas negras y sus ojos resplandecían como dos brazas incandescentes.

El ente retrocedió confundido y abrió dos negras alas, con la intención de alejarse del Ángel del Infierno.

—Quieto ahí —ordenó Astarthea— ¿Acaso sólo me deseabas porque era una pobre y débil humana?

—Ahora me vas a satisfacer —agregó ella, luciendo como la delicada Marianela, con su pequeño traje de dormir.

Dejándose llevar por sus instintos, dieron rienda suelta a su pasión desenfadada hasta llegar al clímax, quedando tendidos uno junto al otro; habían descubierto su verdadera personalidad y ya no había marcha atrás.

...

Debido a la ola de crímenes ocurridos en la ciudad en los últimos días, Sandra decidió visitar a su amiga, de quien hace días no sabía nada y estaba muy preocupada.

Ya había salido hace rato el sol, cuando el melódico timbre de calle llamó la atención de Marianela.

—Sandra, amiga. Qué gusto verte —saludó la joven viuda.

—Hola, amiga. ¿Tomaste desayuno ya? —preguntó la recién llegada mostrando una bolsa de papel llena de pastelillos.

—Siempre hay lugar para algo rico —contestó Marianela, dándole un beso en la mejilla y rosándose con la suya.

—¿Qué te parece lo de la seguidilla de asesinatos? —preguntó Sandra a su amiga

—Es terrible, pero ya atraparán al culpable —opinó Marianela, dándole una mordida a un pastel.

—Estaba pensando que podría quedarme unos días para hacerte compañía —sugirió ella—; además a mí también me da un poco de miedo estar sola por la noche, con un loco suelto.

—Por mí no te preocupes; pero si te hace estar más tranquila, por mí no hay problema. Además, sería entretenido tener alguien con quien poder conversar —aceptó Marianela.

—Es genial. Desde hoy me quedo contigo —celebró Sandra.

...

Después de cenar algo liviano y ver una película, cerca de medianoche, Marianela y Sandra se retiraron a descansar, cada una en una habitación.

Pasadas unas cuantas horas, una extraña sensación, como si el aire estuviera cargado de electricidad, despertó a Sandra. Pensando que era un poco de hambre se levantó y dirigió a la cocina por algo de comer. La luz no encendía, posiblemente por algún corte, así es que a tientas llegó a la sala. La piel le comenzó a hormiguear y los vellos de los brazos se le erizaron, causándole una extraña pero grata sensación.

Destellos de luz y chispas de electricidad se movían por toda la habitación, llenando de asombro a la mujer, que nunca había visto algo así.

Los pequeños puntos de luz comenzaron a danzar y arremolinarse en un solo lugar, para lentamente formar una figura más definida, que finalmente adquirió la apariencia de un hombre; un hombre apuesto, varonil, recio y viril, como nunca había visto ella.

Sin poder evitarlo y sin deseos de hacerlo, Sandra se acercó lentamente hacia el extraño visitante nocturno y apoyó sus manos en su firme pecho.

Sin decir ni una palabra, el hombre la tomó por la cintura y la arrojó sobre la alfombra. Marianela observaba, en medio de las sombras, con una sonrisa en los labios; cuando Sandra alcanzó el clímax máximo, abrió unas negras alas y de su frente crecieron dos grandes, hermosos y curvilíneos cuernos.

Sandra abrió los ojos en medio de suspiros y jadeos y su cuerpo estaba cubierto de sudor.

—Sandra, ya despierta —la sacudió Marianela—. Estabas teniendo una pesadilla.

—Creo que sí —respondió Sandra no muy segura.

—Y parece que fue muy intensa —opinó Marianela, poniendo una mano en un pecho de su amiga, arrancándole un temblor y un suspiro.

—Digamos que fue interesante —cortó Sandra, acostándose nuevamente con la intención de seguir durmiendo, con muy poco éxito, debido a las sensaciones que aún la dominaban. Finalmente, luego de un largo rato, sus ojos se cerraron al fin, hasta que la cálida luz del sol los volvió a estimular a la mañana siguiente.

Thairos se presentó esa noche, pero como las otras Astarthea con sólo verlo ardía en deseos, deseando ser poseída por él con la mayor lujuria posible. Thairos no se imaginaba que sólo estaba siendo utilizado por el Ángel del Infierno y su esposo para seguir ganando almas para su colección.

Podía ser muy peligroso desafiar a los Duques del infierno; el Triunvirato Infernal era la fuerza suprema. Sin embargo, conocida era la fama de Astaroth y Astarthea; sirviéndole a ella podía ganarse el favor y la gracia de su poderoso esposo.

Y de verdad lo era, estaban decididos a llevar a cabo sus maléficos planes sin importarles el precio a pagar. Valiéndose de Thairos ganarían almas para extender sus dominios.

Frente a Thairos, Astarthea no necesitaba representar a la dulce y tierna Marianela; podía ser la siempre fría, calculadora y libidinosa Ángel del Infierno.

Para que lo planeado siguiera su curso quería entregar una doncella a su esposo Astaroth en una ritual satánico durante la luna llena, la doncella era Sandra, la que ya no tenía voluntad propia, quien sería preparada por Thairos para tal fin.

Por las noches Sandra sufría de terribles alucinaciones, tanto que llamaba a Dios suplicando que le enviara la muerte para terminar con ese sufrimiento; tanto se le pidió y al no ser escuchada por él invocó al señor de las tinieblas diciéndole que si Dios no la ayudaba se lo pedía a él que se la llevara y terminara con ese suplicio.

En su mente trastornada lo vio entrar vestido con un traje negro, elegante y llevando una bolsa en las manos; soltando una sonora carcajada abrió la bolsa y dejó caer su contenido. Vio con horror que se trataban de ratas que la mordían por doquier; ella se las espantaba, pero no lo conseguía. A la mañana siguiente la encontraron mirando fijamente la nada con miles de pequeñas heridas sobre todo su hermoso cuerpo, pero con vida.

Sandra fue internada de urgencia en el hospital más cercano.

...

— ¿Cómo está mi amiga, Doctor? —preguntó Marianela, profundamente preocupada.

—Se pondrá bien, sus heridas son superficiales —explicó el médico—. ¿Su amiga consume algún tipo de droga, que usted sepa?

—La verdad es que no lo sé, pero no creo; es una de las personas más equilibrada y tranquila que conozco —agregó Marianela—. ¿Por qué lo pregunta?

—Claro que cualquiera pierde el control si la ataca un montón de ratas —agregó ella.

— ¿Ella tiene algún pariente en la ciudad? —preguntó el facultativo.

—No, Doctor. Sandra es huérfana desde hace años —señaló Marianela—. ¿Ocurre algo malo?

—Verá, señorita, a su amiga no la atacó ninguna rata —indicó el médico.

— ¿Entonces fue otro animal? —quiso saber Marianela.

—La verdad es que esas heridas se las provocó ella misma —agregó el médico—. En ese caso, el protocolo me obliga a derivarla a un médico especialista.

— ¿Se refiere a un loquero? —preguntó Marianela—. Sandra no está loca.

—Nadie ha sugerido eso —aclaró el doctor—. Pero si sufrió una crisis nerviosa, requiere de atención especializada.

—Si, entiendo. ¿Puedo verla? —quiso saber Marianela.

—Sí, aprovecharé para ver cómo ha evolucionado —aceptó el médico.

Sandra dormitaba por efecto del sedante que le habían suministrado; por toda su piel le habían puesto pequeños parches para cubrir sus heridas, por lo que su aspecto era peor que su condición física; no obstante, en cuanto a su salud mental, el asunto era muy distinto.

Por un momento Sandra abrió los ojos. Ella podía ver la verdadera esencia de Marianela y a pesar de estar aturdida por los sedantes administrados, fue presa de un horror indescriptible y empezó a gritar por lo que el doctor llamó presuroso a una enfermera.

—Llévensela. ¡Quiere hacerme daño! No quiero que ella esté aquí —gritaba desesperada Sandra.

El doctor, muy extrañado le solicitó a Marianela que saliera y lo esperara en su despacho.

—Señorita, el caso de su amiga es más difícil de lo que pensaba —indicó el médico.

—Por favor, hagan lo que sea necesario para que se recupere —rogó entre lágrimas Marianela.

Marianela se retiró cabizbaja de la consulta del médico, mordiéndose los labios para no llorar.

Esta situación constituía un retraso en sus planes y el único responsable era Thairos, por su estúpida broma de las ratas.

Llegando a casa desató toda su furia contenida contra el demonio, por haber descuidado de esa manera a Sandra y ser tan poco criterioso y sutil. Totalmente distinto de las delicadas y sutiles maniobras, con que ella y su infernal esposo influían sobre los humanos para hacerlo caer en el sexo, o cualquier otro vicio.

—Eres un idiota. Sandra está con una crisis nerviosa por tu juego de las ratas —gritó Astarthea a Thairos, abofeteándolo con rabia.

—Mi Señora, pensé que estaría satisfecha —se excusó el demonio.

— ¿Satisfecha? Esto retrasa todo —gritó con los ojos chispeantes, sin perder la apariencia de Marianela— ¿Acaso no sabes de la competencia entre los demonios mayores, por quien consigue más almas?

— ¿Entonces es solo un juego? —preguntó Thairos.

¿Te atreves a cuestionar a demonios de alto nivel, acaso? —gritó Astarthea, sacando sus largas y afiladas garras.

—Nada de eso, Mi Señora —se disculpó el demonio.

—Tu casi enloqueciste a Sandra y tú la vas a curar —ordenó la terrible y hermosa demonio.

...

El tiempo se terminaba. Debían darse prisa.

Thairos no encontraba la manera de sacar a Sandra del hospital. Quien cada vez estaba más desequilibrada mentalmente y era objeto de un cuidado exhaustivo por parte del personal médico para evitar que se hiciera más daño.

Temeroso, Thairos solicitó la ayuda de Astarthea. Con los ojos inyectados de furia ella accedió a la petición.

Valiéndose de su sensualidad y atractivo físico y a sabiendas del efecto que causaba en los hombres se dirigió al hospital para convencer al doctor que le permitiera llevarse a su amiga so pretexto de llevarla a un mejor hospital con mejores especialistas, puso en juego todos sus encantos bajo los cuales el doctor cedió. Satisfecha de su hazaña la llevó a casa y se la entregó a Thairos. Tenía el tiempo justo pues Astaroth se presentaría pronto al inicio de la luna llena, en apenas un mes más.

...

El demonio hizo caer a la infortunada Sandra en un profundo sueño, para poder influir en forma más profunda en su mente, y así hacerla recuperar la cordura. Penetrando lentamente en sus recuerdos, Thairos pudo observar la vida de Sandra; los buenos y malos momentos; recorrió su crecimiento y sus enfermedades de niña; la observó crecer y convertirse en la hermosa mujer que había lastimado. Moviéndose despacio entre los recuerdos, para no hacerle más daño, llegó al fin hasta la oscura noche en qué puso esas ratas en su mente.

El paso siguiente era obvio, pero delicado. Todos los recuerdos de esa noche debían ser borrados de la memoria de Sandra; despacio y

meticulosamente, para que desaparezcan completamente y no se oculten en algún recoveco del cerebro.

Noche tras noche, Thairos entraba en los sueños de Sandra, pero ahora con la intención de cuidarla. Cada mañana, al despertar, Sandra se veía cada vez más tranquila; Thairos, vistiendo el típico uniforme de enfermero, la atendía amablemente, satisfaciendo las más mínimas necesidades de su paciente. Al cabo de dos semanas, el terrible recuerdo del supuesto ataque de ratas se había esfumado completamente y en su lugar, el demonio lo reemplazó por la certeza, para ella, de que estaba con licencia médica por un simple caso de estrés, y que su amiga Marianela había exagerado contratando a un enfermero para que la cuidara; aunque lo agradecía, ya que éste resultaba ser muy amable y divertido, aparte de atractivo; hasta le daba la impresión de que se habían llegado a hacer muy buenos amigos.

Las continuas exploraciones dentro de la mente de Sandra, junto con el trato diario, de alguna manera contaminaron la mente del demonio, llenándola de confusión e incertidumbre. Tan solo faltaban diez días para la luna llena y para la ceremonia en honor de Astaroth; tan solo diez días y él ya no estaba tan seguro de querer entregársela en cuerpo y alma al Gran Duque del Infierno.

Pero..., desafiar al gran demonio era algo realmente imposible, pero su corazón le dictaba otra cosa, debía intentarlo a sabiendas que esto representaba un desafío enorme para él, un demonio menor; al menos trataría de poner a salvo a Sandra. Debía idear un plan infalible para que Astarthea y Astaroth perdieran la pista de Sandra, ella al tener un alma pura y buena sería difícil de rastrear. Thairos sería el señuelo, aunque no entendía que lo impulsaba a ello.

Debía actuar rápido y con absoluta discreción pues a partir de la broma de las ratas Astarthea lo tenía vigilado en todo momento. Los siguientes tres días eran decisivos para ganarse la confianza total de Sandra, la cual no recordaba ninguno de los terribles sucesos vividos ni de la verdadera personalidad de Marianela. Valiéndose de esa situación Thairos le declaró su amor siendo correspondido por ella incitándola a dejar esa casa pretextando que así podrían tener la intimidad que necesitaban sin Marianela de por medio.

...

La luna llena comenzó a asomar tras la cordillera; el gran disco nocturno llenaba la atmósfera con su mística energía, que ejercía una poderosa influencia sobre los humanos. Pero más que eso, era la noche que Astarthea había elegido para honrar a su infernal esposo, entregándole el cuerpo y el alma de Sandra.

La casa de Marianela estaba especialmente dispuesta para la demoníaca ceremonia. Vestida con una túnica negra, lucía sus curvos cuernos y sus grandes alas. En el centro de la sala, una mesa de piedra negra, con cuatro gruesos cirios, esperaba convertirse en un altar en honor al Gran Duque del Infierno.

Los cirios se encendieron por si solos, confiriendo la solemnidad que la ceremonia requería. Thairos, vistiendo una negra túnica, cuya capucha cubría su cabeza, entró lentamente cargando el cuerpo inconsciente de Sandra, que estaba cubierto con una roja túnica; cuidadosamente, el demonio la depositó en la mesa ceremonial, abriendo sus brazos y piernas, atándola con gruesas correas de cuero.

La atmósfera de la sala se llenó de electricidad y la temperatura comenzó a subir; los ojos de ambos demonios comenzaron a brillar y en medio de la mortecina luz de los cirios, parecían dos brazas incandescentes.

El aire vibraba como si se tratase de la cubierta de un gran tambor se tratase, uno que no producía sonido sino solo movimiento.

Una gran llama se encendió, en medio de una silenciosa explosión, en la sala; una llama de la cual salió un fornido hombre vestido con una túnica roja y negra, portando un negro báculo en forma de serpiente.

Thairos se arrodilló y agachó la cabeza ante el poderoso señor demoniaco; Astarthea de pie, con sus alas desplegadas y sus grandes cuernos a la vista, permanecía de pie con la cabeza en alto y la mirada altiva y desafiante.

—Bienvenido, esposo mío. Este pequeño obsequio es en tu honor; un alma pura y un cuerpo joven, para que hagas con él lo que tu voluntad desee —dijo el ángel, cortando con su daga la túnica que cubría a Sandra.

Astaroth, caminó sin decir palabra alguna en torno al altar, asintiendo con la cabeza satisfecho por la ofrenda.

—Es de mi agrado la ofrenda —aceptó el poderoso demonio.

Astarthea sonrió satisfecha.

—Levántate —ordenó Astaroth a Thairos—. Me has servido bien.

Sin levantar la mirada, por respeto a su señor, el demonio inferior se puso de pie y abrió sus alas.

Sandra miraba con horror e incrédula la macabra escena. Su terror aumentó hasta la locura, cuando Astaroth dejó caer su túnica y se acercó a ella. Los gritos de dolor y terror de la víctima retumbaron en toda la casa.

Con la mirada perdida y la respiración entrecortada, Sandra yacía totalmente ajena del mundo; su mente y su alma vagaban por extraños parajes.

El término del ritual estaba cerca, solo faltaba una cosa.

Astarthea pasó una mano frente al rostro de la humana devolviéndole la razón pues la deseaba totalmente consciente y aterrada.

Con los ojos desorbitados, Sandra vio como el Angel del infierno levantaba la daga ceremonial y la dejaba caer sobre su pecho; el golpe fue tan rápido y certero, que su cuerpo solo se estremeció por un breve instante, para pronto quedar totalmente inmóvil y sin vida. El sufrimiento había llegado a su fin, excepto para su mente y alma, que estarían condenadas y prisioneras por toda la eternidad, en los dominios de Astaroth y Astarthea, sometidas a los caprichos de ellos y otro demonios de menor nivel, pertenecientes a sus huestes infernales.

Thairos hizo chasquear sus dedos y, tanto el altar como el cuerpo mutilado de Sandra desaparecieron. Los duques se esfumaron tomados de las manos y regresaron al infierno, hasta que se volvieran a sentir aburrido y decidieran divertirse nuevamente en el mundo de los humanos.

Thairos permaneció un rato más en la sala, en silencio y con la cabeza gacha, cerciorándose que la casa estuviera tal cual a como estaba hasta antes de que ellos llegara. Luego, simplemente se desvaneció dejando tras sí el aire cargado de electricidad.

...

— ¿Le sirvo algo más? —preguntó la camarera a la mujer en el pequeño café en Londres.

—Más pastel y otro café, por favor. Y otro para mi amigo —respondió Sandra cuando Frank entró y le hizo un gesto con la mano.

—Buenos días, mi amor —la saludó— ¿Te diviertes?

—Un café y pastel en Londres es la mejor terapia para superar una crisis de estrés. Aunque un atractivo enfermero también ayuda —contestó ella tomándole una mano.

—Gracias por lo que me toca —contestó él con una sonrisa.

Mientras bebía su café, Thairos recordaba lo complicado que había sido encontrar una mujer apropiada, darle la apariencia de Sandra y llenarla de sus recuerdos y personalidad, a tal punto que creía y sentía ser ella: todo sin llamar la atención de Astarthea.

El demonio estaba tranquilo, pues Sandra estaría segura y a salvo, por al menos unos ochenta años; había quedado fuera de la mira de los demonios mayores y podría estar con ella como un humano normal, aunque fuera por ese corto tiempo.